

# La vida plácida de Luis Tejada

Lino Gil Jaramillo

*... porque es verdad que la alegría de la muerte debe afrontarse en la florida adolescencia...*

Luis Tejada

## 1

Luis Tejada, ese muchacho absurdamente ingenuo de rostro pálido, cabellos anarquizados, pipa consubstancial con su persona –esta es la expresión– y otras cosas raras además, fue uno de esos especímenes humanos, poco frecuentes por cierto, que los países del trópico suelen dar como una superación de su ambiente.

La memoria de Luis Tejada, su vida mansa de predicador sin cortejo, su resignación ante la tragedia cotidiana y su misma muerte, apacible y serena como la de un cansado filósofo, todo esto sugiere al punto una recordación en tono opaco de treno, una página elegíaca y sollozante como las que se estilan para deplorar las pérdidas irreparables. Nosotros quizás la haríamos. Pero no. No es posible porque Luis –Luis mismo– adelantó en alguna ocasión que “la alegría de la muerte debe afrontarse en la florida adolescencia”.

Esa frase inesperada que cayó tibiamente, sin solemnidades rituales, de la pluma de Tejada, es, sin embargo, un eco fiel de su individualidad inconfundible. Así debió de ser Luis. Así queremos imaginárnoslo: un hombre manso, profundamente des preocupado, huérfano de prejuicios, horro de odios; un hombre que recibe como muy naturales todos los sucesos de la vida corrien-

te y que envuelve verdades trascendentales en sonrisas de niño. Sólo un hombre así podía dejar caer de su pluma, más que como una “gota de tinta”, como un fruto maduro, esa sentencia de sabor griego, digna de haber sido consignada en la antigüedad sobre un bloque de mármol en la tumba de un personaje de Meleagro.

## 2

Luis Tejada, comprimido de filósofo, glossador fugaz de sucesos, buzo de extraños tesoros, amaba perseguir en los hechos cotidianos aquello que los demás desechaban, precisamente por inaprehensible. Tal un naturalista que se apasionase únicamente por los matices que se combinan en las alas de las mariposas. Era un entomólogo de los sucesos. De estos sacaba siempre las más extrañas conclusiones. Y como no cargaba empeño en que su pensamiento llegase a todos, lo fundía en la greda de la paradoja que es una verdad sin pulir. De tal manera despistaba a sus lectores habituales que por momentos producía la impresión de que jugase siempre al escondite con el sentido común. Recordemos, si no, su teoría sobre los retratos o aquella otra sobre la vida de los taburetes hace treinta mil años o la que afirma que la higiene es una tiranía insoportable.

## 3

Su piedad infinita hacia los hombres lo llevó a concebir una sociedad más humana y

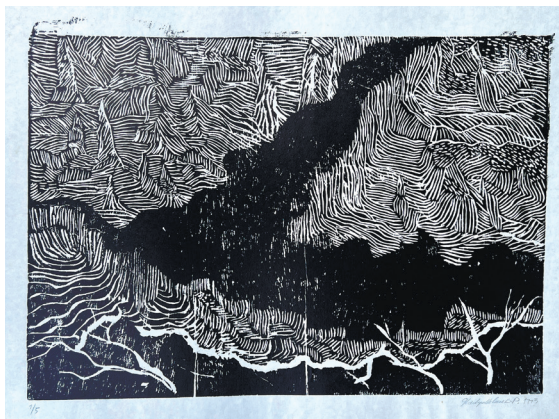
más justa que la de su tiempo De allí nació su socialismo. Pero el socialismo en él no era un afán pasajero sino un estado de alma, algo profundo y entrañable, y por eso dice Germán Arciniegas que si esa doctrina de hondo calor universal no hubiese existido en los tiempos de Tejada, él la habría fundado para tener el gusto de predicarla, amarla y practicarla aunque fuese solo.

#### 4

Y por encima de su filosofía y de su socialismo, estaba su pereza (“¡Oh, la pereza es de raso o gamuza!”). La pereza, madre de los pensamientos bellos y de las acciones calculadas. La pereza lenta como el paso lento de un viejo lobo marino entorpecido por el opio y por el balanceo de los barcos. La pereza fecunda, amiga de los sillones de terciopelo y del sueño trascendental de los gatos. La que ha producido la estirpe de los contemplativos, de los hombres de pensar seguro y profundo, y los que han arrancado chispazos a la divinidad. Perezosos debieron de ser Plotino y Ruysbroeck, Amiel y Marco Aurelio y todos los hombres que no han sido mordidos por el afán de hacer obras fugaces. Mallarmé que descubrió nuevas zonas de la sensibilidad poética. Luis Tejada sabía todo esto y por eso cultivaba su pereza como un huerto de adormideras.

#### 5 y último

Y muy por encima de su filosofía y de su socialismo y de su pereza, su pipa humeante. Su pipa que era una amada siempre fiel porque lo acompañaba en todos los instantes de su existencia febril y le sugería profundas deducciones. La pipa que era una prolongación de su personalidad, su propia



Anónimo, Sin título, grabado, sin fecha, 1/5, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

personalidad que ardía en holocausto a los ideales humanos como una resina milagrosa. La pipa loada por Baudelaire. La pipa cuyas espirales ingravidas formaban en el aire armazones de paradojas que Tejada cubría más tarde con la materia prima de su verdad para convertirlas en teorías tan absurdas pero tan bellas como esa de que los pinos son un esfuerzo de la naturaleza por imitar las catedrales góticas de los hombres, o esa otra de que para pensar bien los pies deben estar más altos que la cabeza, precisamente en la posición que adoptan cuando el cuerpo se hunde en una abullonada butaca, o aquella de que la locomotora es más perfecta que cualquier paquidermo –el hipopótamo o el elefante, digamos–. Esa pipa, en fin, que le dictó al oído: “... la alegría de la muerte debe afrontarse en la florida adolescencia” ...

**Lino Gil Jaramillo** (1908-1976) fue un escritor pereirano, columnista habitual de periódicos como *El Espectador*, *La Patria* y *La Prensa* de Barranquilla. Reconocido estudioso de la obra de Barba Jacob, De Greiff, Luis Vidales y Neruda, publicó unos quince libros de ensayos y reseñas. Este texto lo extraemos de *Escrito en la arena* publicado por la Tipografía España en 1948 (pp. 30-33).